



Víctor Mínguez e Inmaculada Rodríguez Moya, *El tiempo de los Habsburgo. La construcción artística de un linaje imperial en el Renacimiento*, Madrid, Marcial Pons, 2020, 560pp. ISBN 978-84-17945-08-4

Uno de los hechos que marcó el fin de la Edad Media y el inicio de la Moderna fue la primera globalización, perceptible en acontecimientos como la primera vuelta al mundo de Magallanes-Elcano (de la que se conmemora ahora el 500 aniversario) o la consolidación de grandes dinastías como los Habsburgo. El libro de Víctor Mínguez e Inmaculada Rodríguez Moya constituye una imprescindible aportación al estudio de la construcción artística del linaje imperial de los Habsburgo. Pulcramente editado, la monografía pone de relieve la importancia que tuvieron las diversas manifestaciones artísticas para perpetuar visualmente el linaje de una dinastía cuyo origen se remonta al Medievo, y que ostentó hasta la Época Contemporánea. En tanto que emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, los Habsburgo se mostraron como legítimos herederos de la antigua Roma, entendida esta como una unidad imperial que no desapareció en 476, sino en 1453, con la caída de la Segunda Roma (Constantinopla) a manos de los otomanos. No en vano el principal objetivo de los Habsburgo fue derrotar al turco (Lepanto, 1571) y frenar su avance en Europa, como ya se había logrado en Malta (1565). Así pues, los Habsburgo se mostraron ante el mundo como los legítimos sucesores de los romanos, enlazándose incluso con la figura de Carlomagno. La edición en 1521 de la *Vita et gesta Karoli Magni* de Eginhardo constituye una buena muestra de ese afán legitimador de la idea imperial, bien estudiada por Kumar (p. 24).

El trabajo de Mínguez y Rodríguez Moya analiza exhaustivamente cómo las artes visuales afianzaron en el poder a un linaje que ocupó diversos tronos destacando, por su extensión universal y vocación providencialista, el imperio forjado por el emperador Carlos y Felipe II. Sin embargo, como advierten los autores, conviene recordar «cuál es el sujeto político, que en este caso no es el Sacro Imperio Romano Germánico, ni el imperio español, ni la citada Monarquía Universal, sino el imperio de los Habsburgo, en el que cristalizan a lo largo del siglo XVI estos tres proyectos mejor o peor formulados. Porque lo que aflora de los objetivos estratégicos de Maximiliano, Carlos, Felipe y Fernando es, ante todo, la fabricación de un imperio familiar y cristiano, es decir, una entidad política expansiva y hegemónica determinada por el linaje y la religión» (pp. 22-23). Teniendo en cuenta esta premisa, el estudio incorpora referencias a los orígenes

y mitos fundacionales del linaje habsbúrgico (apartados primero y segundo), así como la importancia del cultivo de una historiografía al servicio del poder (apartado tercero). Especialmente revelador es el capítulo cuarto, destinado al estudio de los distintos símbolos del poder, entre los que destacan la genealogía, la heráldica y la utilización de enseñas y estandartes imperiales en las fiestas imperiales. En un contexto marcado por la expansión territorial del linaje habsbúrgico, cobra especial relevancia la aportación de la construcción heráldica de la América carolina (capítulo 10). Estas aportaciones artísticas solo pueden entenderse en el marco de la creatividad renacentista.

Situados ya en el cuarto apartado, los autores describen con todo lujo de detalles el uso de la sacralización del linaje de los Habsburgo. Estos forjaron un imperio de familia que tenía, como una de sus máximas prioridades, la cristianización del planeta, y en ese sentido deben entenderse los capítulos dedicados a Maximiliano I, las epifanías habsbúrgicas, las referencias al árbol de Jesé, la estirpe de David y, sobre todo, el tema de las reliquias divinas y lo que los autores definen como la «necrofilia dinástica». Si Carlomagno fabricó su imagen imperial tomando como referente los modelos bizantinos, los Habsburgo fundamentaron su mito basándose en Carlomagno, tal y como se pone de relieve en el grabado calcográfico realizado por Gerhard Altzenbach intitulado *Declaratio principalium reliquiarum quae in imperiali civitate Aquisgranensi asservantur* en el que se incluye una imagen de «san Carlomagno» (p. 342). La exposición pública de los relicarios, en su mayoría de origen medieval, impresionaba a los visitantes por su riqueza y por la cantidad de fragmentos sagrados que cobijaban. Como es bien sabido, el culto enfermizo a las reliquias fue uno de los aspectos que enfrentó al emperador Carlos con Martín Lutero.

El sexto apartado («Gloria póstuma») reflexiona sobre la construcción de los panteones habsbúrgicos y, para el caso hispano, los mausoleos de la capilla real de Granada y El Escorial, al que tanto esfuerzo e interés dedicó el Rey Prudente. En la monografía se destaca cómo, más allá de la obra de arte, también la literatura del momento se puso al servicio de la exaltación del panteón habsbúrgico. El Escorial sería, pues, un claro símbolo del despliegue político-cultural del linaje de los Habsburgo, que se hallaban en su momento de máxima expansión territorial tras la incorporación de Portugal y el inicio de la colonización de las islas Filipinas. Por último, en el apartado séptimo («Planeta Habsbúrgico») se presta especial atención a la abdicación, muerte y exequias del emperador Carlos (capítulo 19) y al carácter de monarquía universal que, bajo Felipe II, obtuvo la Monarquía Hispánica. Bajo el Rey Prudente, la dinastía de los Habsburgo potenció aún más, si cabe, la narrativa del poder, en la que siguió siendo fundamental la referencia

a la sacralización de la autoridad política (la «*Pietas Austriaca*»), elemento clave para legitimar la lucha contra los otomanos, los protestantes y la expansión por el Nuevo Mundo. Finalmente, el libro incluye un extenso elenco bibliográfico (40 páginas) y tres índices (de figuras, onomástico y toponímico) que resultan de gran utilidad para el lector.

Xavier Baró i Queralt

*Universitat Internacional de Catalunya*

xbaro@uic.es

<https://orcid.org/0000-0002-7222-4519>